



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.



ESTANDO en esto comenzó à dar voces don Quijote diciendo: aquí aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir à este ruido y estruendo no se pasó

adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y asi se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea* (1) y *Leon de España* (2), con los hechos del emperador, compuestos por don Luis de Avila (3), que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa senten-



cia. Cuando llegaron à don Quijote ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas y reveses à todas partes, estando

(1) *La Carolea* de Gerónimo Sempere, ó Sampere, ó Santpere, esto es San Pedro, es un poema en que se trata de las victorias de Carlos V; divídese en dos partes: imprimióse en Valencia por Juan de Arcos, año de 1560, 8.—P.

(2) Este poema en octavas, que trata de los hechos valerosos de los leoneses, y de los gloriosos mártires de aquel antiguo reino, se intitula: «Primera y segunda parte de el Leon de España, por Pedro de la Vecilla Castellanos. Dirigido à la magestad del rey don Phelipe nuestro señor. Con privilegio.» En Salamanca, en casa de Juan Fernandez, 1586, 8.—P.

(3) Es equivocacion del autor, ó yerro de imprenta. El que escribió los hechos del emperador Carlos V no fue

lan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura le dijo: por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez (1) en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre (2), dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo don Quijote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalvan si en levantándome deste lecho no me lo pagare á pesar de todos sus encantamientos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así; diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaría el efecto), y que dijese que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo, y así fue hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvía y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hacía qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se vería: dijo tambien que se llamaba el sábio Muñaton. Freston diría, dijo don Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dijo don Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á

don Luis de Avila, sino don Luis de Zapata: pues aquel solo escribió la «Guerra de Alemania, ó paso del Elva en tiempo del emperador Carlos V: obra que se imprimió en Sevilla en 1552, y es una historia en prosa, y de las mejores que hay en castellano; y la de Zapata es un poema escrito en octava rima, con el título de *Carlos famoso*, y como tal, y como libro de entretenimiento es el censurado aquí por Cervantes; y tanto este, como la *Carolea*, fueron poco estimadas en su tiempo, por pobres de invencion, y censuradas por Cristobal de Mesa. (*Patron de España*, fol. 449).—A.

(1) Derivase de *precio*; y el precio era el premio que ganaba el caballero vencedor en los torneos.—P

(2) *Compadre* se toma en el sentido familiar de *camarada* ó *amigo*.

quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tío, en esas pependencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo (1), sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡O sobrina mia! respondió don Quijote, y cuan mal que estás en la cuenta: primero que á mí me trasquilen tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendía la cólera. Es pues el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballeria andantesca. El cura algunas veces le contradecía, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio no habia poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la molle-
ra (2). En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas (3) alguna insula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su muger y hijos y asentó por escudero de su vecino. Dió luego don Quijote orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela (4) que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada (5) lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viesse que mas le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que si llevaría, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco don Quijote imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballeria en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo conforme al consejo que el ventero le habia dado.

Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viesse, en la cual caminaron tanto que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le habia prometido. Acertó don Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viaje, que fue por el Campo de Montiel, por el cual

(1) Pan de trastrigo es pan de flor; y metafóricamente hablando, buscar pan de trastrigo, es empeñarse en satisfacer caprichos, ó antojos, ó meterse en empresas difíciles de conseguir.—Arr.

(2) Esto es de poco seso; de poco talento; de cortos alcances.—Arr.

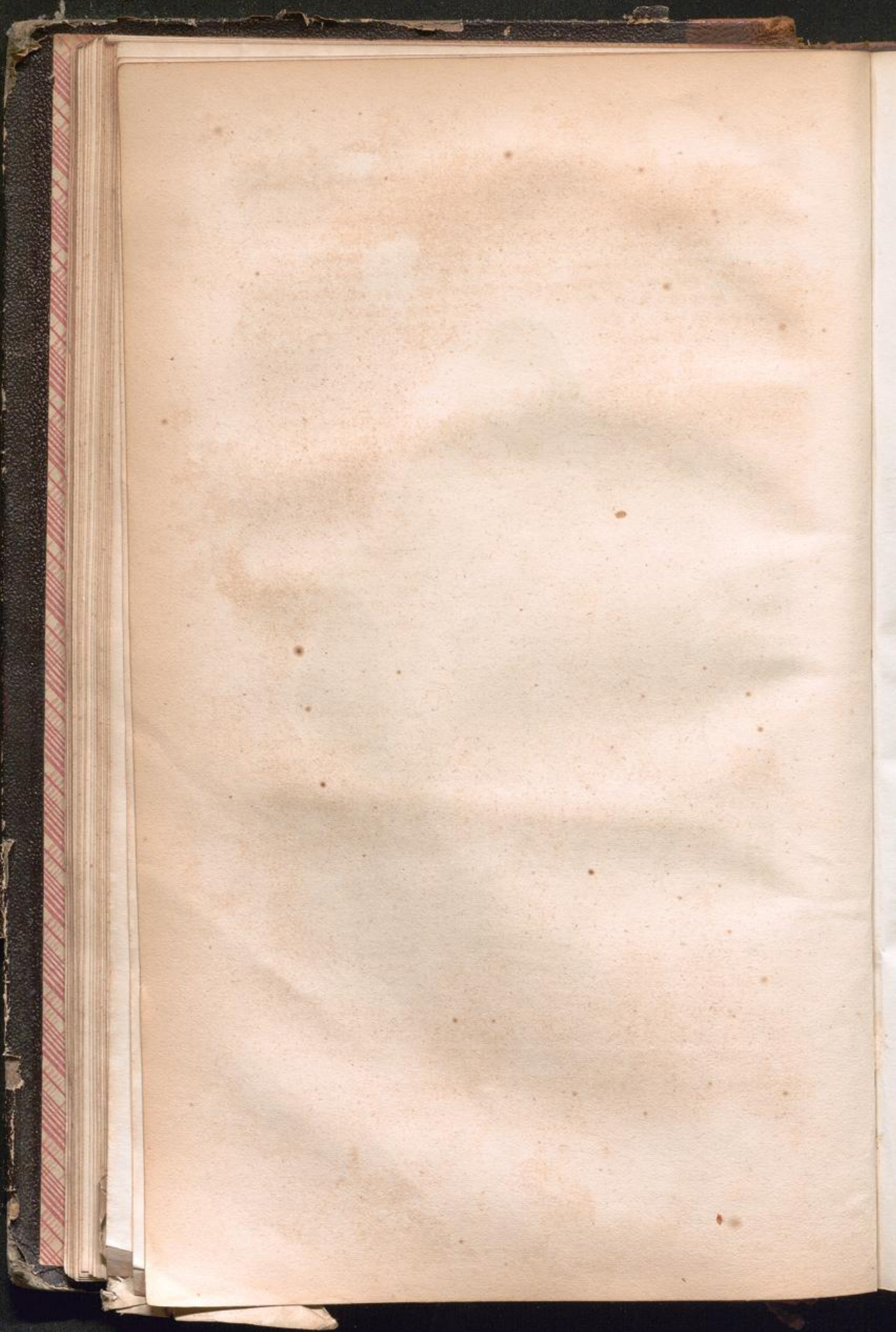
(3) Con suma prontitud y brevedad.—Arr.

(4) Era el escudo redondo y delgado que abrazado en el brazo izquierdo, cubria el pecho al que peleaba con espada.—Arr.

(5) Era la pieza de armadura antigua que servia para cubrir y defender la cabeza.—Arr.



A. MARTI



caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol no les fatigaba.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió don Quijote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las insulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches les daban algun titulo de conde, ó por lo menos de marques de algun valle ó provincia de poco mas ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desamano, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez mi oislo (1) vendria á ser reina y mis hijos infantiles. ¿Pues quién lo duda? respondió don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió don Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado (2). No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

(1) Palabra sustantivada, compuesta del verbo *oir* y del artículo *lo*, la cual supone por el marido ó la mujer ausente.—P.

(2) Esto es, gobernador de provincia, con su audiencia para sentenciar y definir pleitos; que esto era antiguamente el Adelantado en Castilla, segun Covarrubias, quien añade: e l oficio de este es muy grande, ca es puesto por mandado del rey sobre todos los merinos.—Arr.

